

“abierto de la historia”. La propuesta es desplazar el monumento a Cuauhtémoc para facilitar la vialidad de uno de los cruces más importantes de la ciudad: Reforma e Insurgentes. Este plan ha indignado a propios y extraños, pero lo que no se ha comprendido cabalmente es que el monumento volverá a su emplazamiento original, modificado durante la presidencia de Miguel Alemán. ¿Deberíamos entender, entonces, que la modernización de la ciudad implica, a principios del siglo XXI, un retroceso en el tiempo o un regreso a la invención de la historia?

Verónica Zárate Toscano
 INSTITUTO MORA

Pancho Villa: retrato autobiográfico, 1894-1914, edición preparada por Guadalupe Villa y Rosa Helia Villa, pról. Juan Ramón de la Fuente, UNAM/Taurus, México, 2003, 548 pp.

Francisco Villa sigue siendo uno de los personajes más controvertidos en la historia moderna de México y de la frontera norte, en particular. La bibliografía de publicaciones secundarias sobre este personaje es muy extensa, si bien en la mayoría de los casos se trata de crónicas, relatos, novelas, etc. En cambio, ha habido relativamente pocos estudios sobre Villa escritos con un rigor profesional o académico.

Las publicaciones de primera mano sobre Pancho Villa y del movimiento villista también son escasas. Por ello, damos la bienvenida a la presente obra, editada por dos autoras quienes han dedicado muchos años de sus vidas al estudio del villismo. El libro en cuestión consiste en las

remembranzas que Villa dictó a su ayudante Miguel Trillo. Éste, a su vez, las entregó en taquigrafía al coronel Manuel Bauche Alcalde, quien fungió durante un tiempo como editor del periódico villista *Vida Nueva: Órgano Político y de Información*, editado en Chihuahua. El relato abarca un periodo de dos décadas en la vida de Villa (1894-1914), que coinciden con su formación y ascenso como jefe guerrillero.

La primera –y más sustancial– sección del libro trata del periodo desde 1894, cuando Doroteo Arango (el verdadero nombre de Villa) trabajaba como mediero en el rancho Gogojito, propiedad de la familia López Negrete, que formaba parte de la hacienda de Santa Isabel de Berros, municipio de Canatlán, Durango, hasta su incorporación al movimiento maderista en 1910. Villa revela que, en varias ocasiones durante este periodo, intentó –y a veces lo logró– dejar de ser bandido y establecerse en negocios legítimos relacionados con algún aspecto del comercio de ganado. Asimismo, por medio de varias anécdotas, revela su astucia innata que le serviría, una y otra vez, durante las campañas revolucionarias.

También de interés particular son las ideas de Villa en torno a los objetivos y las metas de la *lucha revolucionaria*. Propuso que, después del triunfo de las armas rebeldes y de la desmovilización de las fuerzas revolucionarias, fuera establecida una serie de colonias militares en el norte de México. Los ex soldados serían los integrantes de estas colonias, se dedicarían cuatro horas diarias a las faenas agrícolas, mientras el resto de la jornada la ocuparían en prácticas militares para que, en caso de una invasión del país, pudieran ser movilizados rápidamente por el gobierno. Lejos de ser una idea “utópica”,

su propuesta constituyó, hasta cierto punto, una resurrección del uso de las colonias militares en la frontera durante los siglos XVIII y XIX. Durante la revuelta magonista en Baja California en 1911, Ricardo Flores Magón también había propuesto el establecimiento de colonias militares en la península, que estarían integradas por trabajadores de inclinación anarquista provenientes de México y de otros países. El gobierno de Cárdenas también hizo algunos intentos para hacer lo mismo en esta región durante la última mitad de los años treinta. El conocimiento profundo de Villa sobre las condiciones agrarias del norte también influyó fuertemente en la gran cantidad de proyectos de leyes, decretos, ensayos y artículos que se publicaron en 1914 y 1915, cuando el movimiento villista estaba en su apogeo, respecto a la problemática económica de Chihuahua y de posibles soluciones.

La segunda sección del libro aborda el papel de Villa durante la campaña maderista en Chihuahua de 1910-1911. De acuerdo con la versión de la campaña rebelde presentada por Villa, él fue el responsable de los consejos y de las decisiones que ayudaron a los rebeldes a obtener la victoria en Chihuahua. Este tipo de afirmaciones es común en las crónicas y testimonios personales de la historia, dado que sus autores se inclinan a magnificar el grado de su propia participación en los acontecimientos.

Con el tiempo, Villa mostró ser uno de los más fervientes partidarios de Madero, aunque la cuestión en torno al grado de su lealtad hacia éste tiene que ser examinada a la luz de ciertos incidentes que ocurrieron durante la campaña en Chihuahua. Tal es el caso del ataque contra Ciudad Juárez, del 8 al 10 de mayo de

1911, cuando Villa acordó con Orozco, Garibaldi y otros de los jefes insurrectos provocar un tiroteo entre los soldados federales y los insurrectos, el cual se convertiría en un ataque general contra el pueblo sitiado, que Madero se vería luego impotente para detener. Otro acto de insubordinación ocurrió dos días después, 13 de mayo, cuando Orozco y Villa irrumpieron en el cuartel general de Madero en la aduana para exigir el fusilamiento del general Juan Navarro —quien había dirigido la defensa de la plaza contra el ataque rebelde— por haber ordenado la ejecución de varios insurrectos después del combate de Cerro Prieto, Chihuahua, el 11 de diciembre de 1910. Villa asevera que este intento falló debido a la traición de Orozco, quien, según afirma, se acobardó en presencia de Madero. No obstante, los datos proporcionados por otros testimonios y fuentes indican que Villa fue el primero en ceder en el asunto. Sea como fuere, el incidente marcó, por un lado, el inicio del creciente distanciamiento entre Villa y Orozco, mientras que, por otro, los lazos entre aquél y Madero se volvieron cada vez más fuertes.

La tercera sección del libro, que abarca el periodo desde el regreso de Villa a la vida civil y su subsecuente incorporación a las fuerzas irregulares maderistas que lucharon en coordinación con las operaciones llevadas a cabo por la reconstituida División del Norte bajo el mando del general Huerta, revela detalles adicionales sobre la relación entre Villa y Madero, así como el papel militar de Villa en la lucha contra los sublevados. Durante las primeras semanas de la revuelta orozquista, la defensa de Parral por Villa y sus hombres —que constituyó casi la única fuerza en Chihuahua que permaneció leal al gobier-

no- evitó un avance más rápido de los rebeldes hacia el sur y permitió que las fuerzas gubernamentales en Torreón tuvieran tiempo para reorganizarse.

En un principio, aparentemente, Villa se llevaba bien con Huerta, el comandante en jefe de las fuerzas federales de la zona de operaciones. Sin embargo, no fue así con los suboficiales del ejército, los cuales, según Villa, mostraron una actitud de desprecio hacia las fuerzas irregulares. Villa llegó a atribuir la subsecuente revuelta militar de febrero de 1913, que resultó en el derrocamiento y la muerte de Madero, al deseo por parte de los oficiales del antiguo ejército porfiriano de recuperar el poder y el prestigio que habían tenido bajo el régimen de Díaz.

Villa confiesa con franqueza que lloró frente al paredón cuando estuvo a punto de ser pasado por las armas bajo la acusación de haber hecho un mal uso de los fondos de guerra, de haberse supuestamente apropiado de bienes ajenos —que incluían algunos caballos pertenecientes al simpatizante orozquista Marcos Russek Ramírez, dueño de la casa comercial La Vencedora, de Jiménez—, así como de no acatar las órdenes de conducir a sus hombres a Santa Rosalía, Camargo, a la hora fijada para la marcha —según Huerta, la tropa de Villa todavía se encontraba desayunando a esa hora. En la mayoría de los relatos y crónicas escritos sobre su vida se atribuye su salvación de la ejecución a la intervención de uno de los parientes de Madero (Ernesto, su tío, o su hermano menor Raúl) y la llegada oportuna de un telegrama de la capital que ordenaba la suspensión de la ejecución y el traslado de Villa a México para ser juzgado por las autoridades militares allí. Sin embar-

go, en su relato Villa asevera que fue el teniente coronel Guillermo Rubio Navarrete, jefe de la artillería de la División del Norte federal y uno de los pocos oficiales hacia quienes Villa tenía respeto, quien convenció a Huerta de que no se debería proceder con el fusilamiento. Además, es interesante la actitud de Madero en el asunto. Al recibir el informe de Huerta sobre la conducta de Villa, el presidente ordenó lacónicamente que el caso fuera remitido a la Secretaría de Guerra, “para que proceda conforme a la ley”.

La tercera sección termina con un capítulo dedicado al periodo de la campaña constitucionalista de 1913-1914. El relato queda algo truncado después de narrar los acontecimientos de la campaña villista en Chihuahua hasta el verano de 1913, cuando Villa estableció su cuartel general en la hacienda de La Ascensión, en el noroeste de Chihuahua. No se menciona nada respecto a la primera toma de Torreón por los villistas (del 29 de septiembre al 1 de octubre de 1913); sin embargo, contiene un recuento detallado de la estrategia brillante que permitió que los villistas se apoderaran de la guarnición huertista de Ciudad Juárez en un ataque sorpresivo a mediados de noviembre de 1913, así como unos pocos datos referentes a los acontecimientos que condujeron a la segunda toma de Torreón a finales de marzo y principios de abril de 1914.

En conclusión, la obra constituye una fuente imprescindible para el estudio de Villa y del movimiento villista, sobre todo, respecto a la etapa formativa en la vida del gran guerrillero. También constituye una fuente de primera mano muy útil para el estudio de la historia de la

primera etapa de la revolución, desde su estallido en 1910 hasta los comienzos de la lucha constitucionalista en 1913.

Lawrence D. Taylor
COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE

Fernando Aguayo y Lourdes Roca, *Entre portales, palacios y jardines. El Zócalo de la ciudad de México, 1840-1935*, SHCP/CONA-CULTA/Instituto Mora, México, 2004, 168 pp., 87 imágenes fotográficas.

En agosto de 2004 fue presentado en el Antiguo Palacio del Arzobispado, a sólo unos pasos del Zócalo de la ciudad de México, el libro titulado *Entre portales, palacios y jardines. El Zócalo de la ciudad de México, 1840-1935*. Se presentó como catálogo de la exposición fotográfica que bajo el mismo título estuvo expuesta varios meses en las paredes del Palacio Nacional. Las 87 imágenes que incluye el libro están acompañadas de un texto de 54 páginas, donde los autores del volumen hacen un repaso, siempre a partir de las fotografías, de los usos sociales y de las transformaciones del espacio de la Plaza Mayor de México, en casi 100 años de su historia.

Revisando el libro y volviendo a pensar en los temas urbanos sobre la plaza mayor de nuestras ciudades mexicanas, me vino a la memoria el original prólogo de otro libro que leí hace tiempo ya, escrito por Miguel Rojas-Mix, en el cual el abogado, historiador y filósofo chileno cuenta el día en que se encontró perdido al conducir su coche por la arteria circular del *Ring* de la ciudad de Colonia, Alemania. Al reflexionar sobre su dificultad para orientarse en ese obsesionante anillo que lo llevaba irremediabilmente al mismo

punto, una y otra vez, y considerando su “perfecto” sentido de la orientación, Rojas-Mix asegura haber descubierto una importante faceta de su “americanidad”. Su condición de americano se le reveló con una connotación urbanística que lo llevó a descubrir que lo que el creía un natural instinto para encontrar siempre su camino era simplemente el esquema mental que le había proporcionado la regularidad cuadrículada de sus ciudades americanas, en las que siempre se halla en el centro la “plaza de armas” con la catedral.¹

Si nacimos y crecimos en una ciudad de las que Rojas-Mix llama americanas, y que yo precisaría como de Hispanoamérica, ni siquiera de Latinoamérica, podemos entender perfectamente el modelo urbano del que habla el chileno. Se trata de un modelo que tiene su origen en la gigantesca epopeya de conquista y colonización que los españoles llevaron a cabo por tierras americanas, y que cifró parte de su éxito en la estructuración de un mundo bien organizado de centros urbanos, que sirvieron para ejercer el control territorial y lograr la imposición ideológica de un nuevo esquema social a los pueblos sometidos. Ese modelo que surgió en el desempeño práctico quedó bien asentado en la normativa jurídica de las Ordenanzas de Descubrimiento y Población de Felipe II en 1573. Un plano de dibujo ortogonal con calles que se cortan perpendicularmente forma la llamada *traza* de la ciudad, que tiene su origen en un núcleo central, generador y articulador de todo el sistema urbano: la Plaza Mayor.

¹ Miguel Rojas-Mix, *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*, Muchnik, Barcelona, 1978.